

mi corazón, y volvedlos para mirar solo en mí el corazón de Jesús, vuestro amado Hijo, á quien yo me uno para no separarme jamás de él. Amen.

MEDITACION CXXIX.

DE LA FE DE LA CANANEA.

(Math. xv. 21-28; Marc. vii. 24-30).

Admiremos : 1.º su fervor ; 2.º su constancia ; 3.º su recompensa.

PUNTO I.

Fervor de su fe.

1. *Fe generosa que adora al verdadero Dios en medio de la gentilidad...* «Y partiéndose Jesús de aquel lugar, se retiró á las partes de Tiro y de Sidon... Y entrando en una casa, no queria que alguno lo supiese ; pero no pudo estar oculto. Porque una mujer... cananea... cuya hija estaba poseida del espíritu inmundo, habiendo oído hablar de él, entró y se echó á sus piés... y le suplicaba que echase el demonio de su hija... y la mujer era gentil, siro-fenicia de nacion...»

Jesús no habia ya de permanecer mas que cerca de un año sobre la tierra : quiere, antes de ir á consumir su sacrificio en Jerusalem, recorrer algunos distritos donde aun no se habia dejado ver ; y se cree que partiese de Naim, y que hácia el Septentrion entrase en la tribu de Aser hasta los confines de la Fenicia. Tiro y Sidon eran las dos principales ciudades de esta provincia, y sus habitantes, que eran gentiles ó idólatras, ya se llamaban cananeos, porque descendian de las naciones cananeas, y ya fenices ó siro-fenices, porque la Fenicia que habitaban era una provincia del antiguo reino de Siria. La mujer de quien aquí se trata era de este país, y por consiguiente cananea, originaria de la Fenicia ó Siro-Fenicia, y descendiente de padres paganos é idólatras... Es muy verisímil que esta mujer adorase al verdadero Dios, y hubiese renunciado al culto de los ídolos, y esperase al Salvador prometido á Israel... ¡Oh, y cuán estimable es una tal fe en medio de la gentilidad y de la idolatría ! ¡oh cuán heroica es y cuán preciosa á los ojos del Señor ! Y ¡oh cuán admirables son, ó Dios mio, los medios que usais para formaros en cualquier lugar almas fieles ! En medio de la mayor corrupcion del mundo, en medio de la licencia de las armas, Vos teneis corazones rectos y sinceros, exentos del contagio del mal ejemplo,

y que os sirven con fervor. ¡Qué gloria y qué felicidad para ellos ! Pero ¡qué vergüenza para mí, si en medio del Cristianismo, de la santidad y del fervor vivo de pagano, y os sirvo con frialdad !

2. *Fe sólida que se sostiene en las aflicciones...* Esta mujer tenia una hija que era el objeto de su ternura, y estaba poseida del demonio. ¡Oh qué espectáculo igualmente espantoso, qué doloroso para esta tierna madre ver á su hija cada dia atormentada cruelmente de este espíritu impuro ! No ignoraba esta afligida madre que el Hijo de David estaba en la Galilea, donde sanaba los enfermos y echaba los demonios : habria deseado poder llevar allá su hija ó ir ella misma para solicitar su remedio ; pero la distancia no le permitia llevar la enferma, y el mal era demasidamente violento para poderla abandonar por mucho tiempo. ¡Á qué dura necesidad estaba reducida ! Pero ¡oh Dios mio, y cuán profundos y adorables son vuestros caminos ! ¿Quién habria pensado jamás que una afliccion tan cruel y tan humillante, y que una situacion tan penosa y desesperada debiese ser para ella el origen de la felicidad que la debia hacer una de las mujeres mas nombradas y famosas del universo, y cuya gloria no cesará de celebrarse hasta la fin de los siglos ?

3. *Fe atenta que reconoce á Jesucristo cuando quiere estar escondido...* El Salvador no queria seguramente que se publicase su arribo, ni que se supiese que estaba en aquel lugar habitado de gentiles ; porque no se manifestaba aun á estos, ni hacia participantes á los extranjeros de las atenciones que su misericordia debia solo á los hijos de Israel. Pero si las órdenes que ha recibido de su Padre no le permiten ir en busca de los gentiles, su bondad no le permite desecharlos ; corriendo detrás de los que huyen de él, ¿cómo huirá de aquellos que corren tras él ? Ó Jesús, no era vuestra intencion que todo el mundo ignorase vuestro pasaje : Vos sabiais que allí se hallaba una alma fiel que tenia necesidad de vuestro socorro, y que os descubriria. Acaso venisteis Vos aquí justamente por ella, y en favor suyo regulásteis apostá vuestros pasos. Así Vos os escondéis muchas veces á las almas tibias, perezosas é indifentes ; pero vais delante de las almas atentas y fervorosas, para que su fe os descubra, y las guie á Vos... Ó Jesús, Vos sois aun en vuestro tabernáculo un Dios escondido ; pero la fe que en él os descubre os reconoce, y postrándose á vuestros piés los abraza, y consigue de Vos lo que desea.

4. *Fe operante que encuentra á Jesús cuando él está solo de pa-*

so... ¡Oh, y con qué ardor corre esta mujer á Jesucristo luego que oye hablar de su arribo!... ¡Ah, y cuán diferente de esta es nuestra fe, y cuán lánguida! ¡Cuánto nos cuesta un paso para salir de nuestra casa! y muchas veces ni aun lo damos... Se presentan las ocasiones de la salud, y se conoce su necesidad, y con todo eso se las deja huir, y se va diciendo que se esperan coyunturas mas favorables, y entre tanto con estas dilaciones se desaparecen los momentos de la gracia: el tiempo de las visitas del Señor huye, y nuestros proyectos de conversion se desvanecen; no se obra nuestra sanidad, y nos quedamos hasta la muerte esclavos del demonio, para ser eternamente sus víctimas desgraciadas en el infierno.

PUNTO II.

Constancia de su fe.

Ninguna persona halló jamás en Jesucristo tanto rigor y tantos obstáculos como la Cananea.

1. *Primer obstáculo, la dificultad de acercarse á Jesús:* ella venció este obstáculo con alzar el grito... «Y clamaba diciendo: Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David: mi hija está malamente atormentada del demonio...»

Oracion bien tierna y que tambien debemos nosotros repetir frecuentemente... *Tened piedad de mí, ó Señor, Hijo de David: mi alma está cruelmente atormentada.*

2. *Segundo obstáculo, el rigor del silencio de Jesucristo...* Ella lo venció con la perseverancia... «Y él no respondió palabra. Y acercándose sus discípulos, le suplicaron, diciéndole: despachadla, porque nos viene detrás gritando...»

Jesús se muestra insensible á una oracion tan afectuosa; no le da respuesta alguna, ni aun vuelve los ojos hácia ella que lo invoca con grandes gritos: opone á su fervor una indiferencia aparente, mas apta para despedir á cualquiera persona que la mas eficaz repulsa. Esto no obstante, esta madre afligida no pierde el ánimo; continúa á gritar, y sin cesar repite: «Señor, Hijo de David, tened piedad de mí y de mi hija...» Los Apóstoles, cansados ya de los gritos de esta mujer, ó sea movidos de su constancia, ó de su desgracia, se hicieron sus intercesores, y acercándose á Jesús, le rogaron que se rindiese á sus instancias, oyese sus votos, y cediese á lo menos á su importunidad, «atendiendo (*dicen ellos*) á que nos viene detrás gritando...» De hecho, estos gritos manifestaban de

una parte la grandeza de su pena, la viveza de su fe y su constancia; y de otra podian descubrir el arribo del Salvador en aquel lugar por donde queria pasar sin que se supiese. Era necesario poner remedio á los gritos de esta mujer, y esto no se podia conseguir sin oirla.

3. *Tercer obstáculo, tomado de la mision del Salvador:* y ella lo venció por medio de nuevas instancias... «Pero él respondiendo, «dijo: Yo no he sido enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel...»

Quando la Cananea vió que los Apóstoles se hacian sus protectores para con Jesucristo, ¡oh y qué feliz esperanza concibió! ¡con qué atencion escuchó la respuesta del Salvador! Pero ¿cuál debió ser su sorpresa y su dolor cuando le oyó pronunciar estas fulminantes palabras... «No he sido yo enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel?...» ¡Desgraciada madre! ¿has entendido tú bien á Jesucristo? No se explica ya con el silencio; sus palabras son claras y precisas. ¿Qué esperanza te puede quedar ya? Retírate; vé á llorar sobre tu infeliz suerte y sobre la de tu hija: ya no te queda otro consuelo que el de tus lágrimas y de tu desesperacion... ¡Ah! para nosotros no sería necesario tanto para tomar este funesto partido. Pero no lo juzgó así la Cananea. La viveza de sus deseos y de su fe se enciende mas con los obstáculos: aparta todo aquello que le impide ir á Jesús; se precipita y postra á sus piés, y no partirá de allí sin haber conseguido primero el efecto de su peticion. Le renueva su súplica con mayor instancia que antes... «Mas ella «vino, y lo adoró, diciendo: Ayudadme, Señor...» ¡Ah! si supiésemos nosotros orar así con esta fe, con este fervor, con esta confianza, con esta perseverancia, ¿por ventura no obtendríamos lo que pedimos?

4. *Cuarto obstáculo, las palabras ásperas y desagradables que le dijo Jesús...* y ella las venció con su humildad. «Jesús le dijo: Deja que primero se harten los hijos, porque no es bien hecho tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros...»

¡Oh qué respuesta en la boca del mejor de todos los señores, del mas tierno de todos los padres! Y no obstante esto, cuando la proferia, no dejaba de sufrir la Cananea á sus piés: era para ella un favor inestimable que ya miraba como prenda segura del milagro que solicitaba. Los términos de Jesucristo no la ofendieron: la verdadera humildad no se ofende de cosa alguna: ella no los tuvo por demasiado ásperos; reconoció que le convenian, y traslució tam-

bien en ellos un motivo que podía proponer para ser bien despachada... En los caminos de Dios ninguna cosa hay mas ciega que la soberbia y el orgullo, ninguna cosa mas perspicaz que la humildad. Acaso tambien comprendió desde entonces que Jesucristo, bajo de estas expresiones en la apariencia ásperas, le suministraba un expediente, y él mismo le sugería un medio seguro de desarmarlo. De hecho, la gracia de este Dios Salvador, llevando la unción hácia el corazón que al parecer quería herir, le presentaba una ocasión favorable, y se sirvió de ella la humilde Cananea... «Mas ella dijo: «Señor, pero tambien los cachorrillos comen las migajas que caen de la mesa de sus señores... comen debajo de la mesa las migajas de los niños...» Hé aquí el estado en que me hallo; esta es mi situación; este es todo el objeto de mi súplica; derramad, pues, con profusión vuestros favores sobre los descendientes de Abrahán; por mí solo aspiro á la mas pequeña de las gracias que Vos les concedéis... ¡Oh cuánto agradó á Jesucristo una tal respuesta! ¡Ah! si lo conociésemos nosotros, ¡cuánto lo amaríamos! ¡cuánta confianza tendríamos en él! La humildad es la que debe hacerlo conocer. Me estaré, pues, á los piés de mi Salvador en su santa casa, y aquí le pediré la salud para mi alma. Aun cuando no me escuche, yo alzaré la voz; aunque me deseché, yo perseveraré; si me reprende mis pecados y mi perfidia, lo admitiré, y confesaré haberlos cometido; si me dice que el cielo no es para los pecadores, como lo soy yo, le responderé: está muy bien; teneis razon, Señor; pero Vos habeis venido á llamar los pecadores, habeis venido á sanar los males, á librar los endemoniados, á santificar y salvar á aquellos que creen en Vos, que reconocen la necesidad que tienen de Vos, que ponen en Vos su confianza, que imploran vuestro socorro, y que lo esperan... Este es mi estado, esta es mi situación, y este es el único objeto de mi súplica. Derramad, sí, vuestros favores sobre aquellas almas fieles que lo merecen; yo no pretendo que me concedáis tales beneficios; pero, ó Dios, á lo menos cuando ya estén hartos y satisfechos los hijos de vuestra casa, ¿será verdad que no os queda ya ni una migaja de que os digneis hacerme á mí participante?

PUNTO III.

Recompensa de su fe.

1. *Jesús hace de ella el elogio...* «Entonces le dijo Jesús, y respondió: Ó mujer, grande es tu fe...»

Ó divino Salvador, fue para vuestro divino corazón una grande satisfacción poder alabar la fe de esta mujer, á quien Vos mismo habeis puesto en tan duras pruebas. ¡Oh mujer, cuán grande es tu fortuna, oír alabar tu fe por aquel que la ha experimentado, la ha probado, y conoce el fondo de los corazones! Has juzgado ciertamente bien de él, cuando no te has acobardado por ningun motivo, ni tuviste miedo de ser importuna é indiscreta... ¡Ah! no soy yo verdaderamente así: todo me acobarda; cedo á la mas mínima dificultad, y me pierdo de ánimo á la mas pequeña sequedad que experimento; por esto, en vez del elogio que tú has merecido, no soy digno de otra cosa que de reprensión y castigo por mi poca fe: ¡oh cuán tímida, débil y lánguida es ella!

2. *Jesucristo abandona la gracia que ella pide á su voluntad y discrecion...* «Te se ha hecho como tú quieres: y desde aquella hora quedó sana su hija...»

Ella quería que quedase sana su hija; y en aquel mismo momento quedó su hija libre... Nuestra voluntad es ordinariamente la medida de las gracias que el Señor nos hace para la salvación de nuestra alma... Pedimos el adquirir las virtudes y la victoria de nuestras pasiones; pero no queremos lo uno ni lo otro, y nos viene concedido segun que lo deseamos. La primera condicion de una santa oración, y la que ordinariamente nos falta, es el querer obtener lo mismo que pedimos.

3. *Jesús la asegura de la sanidad de su hija...* «Y le dijo: por eso que has dicho...» Porque has pedido con humildad y perseverado con constancia has sido oída... «Vé: el demonio ha salido de tu hija...»

¿Podía el demonio, aquel espíritu de orgullo, resistir á una respuesta tan humilde?... Es la humildad la que comienza, la que sostiene y la que corona la oración: sin ella se empieza mal; no se persevera, y no se obtiene cosa alguna.

4. *Jesús la despide, y ella encuentra en casa su hija libre...* «Vé-te; y ella vuelta á su casa, halló la niña echada en la cama, y que el demonio se habia salido...»

Frecuentemente la impaciencia ó la flojedad nos hace abandonar la oración, sin que la obediencia, la caridad para con el prójimo ó el espíritu interior nos hayan, por decirlo así, despedido de ella, esto es, nos la hayan hecho interrumpir; por esto no encontramos que se haya obrado en nosotros alguna mutación, alguna sanidad, y el demonio no deja de dominar siempre... La Cananea, habiendo vuelto á su casa, halló á su hija tranquilamente reposando sobre su

cama : habia ya mucho tiempo que no habia podido tener sosiego, ni jamás la habia visto su madre en un estado tan pacífico. Tal es el feliz estado de un alma que ha sido librada del demonio por medio de una sincera confesion y conversion... ¡Cuál fue entonces el júbilo de la madre y de la hija! ¡Con qué sentimientos de reconocimiento contó la madre y oyó la hija lo que habia sucedido á este propósito! ¡Qué agradecimientos! ¡qué nuevo fervor! ¡qué alegría! ¿Se olvidaron, acaso, jamás de un favor tan señalado?... Y nosotros, ingratos, tantas veces librados del pecado y del demonio, nada hay capaz de movernos y de excitarnos al reconocimiento ; nada puede sacarnos del olvido de Dios y de la flojedad con que le servimos.

Petición y coloquio.

Ó Jesús , haced que mi reconocimiento sea mas grande , mas viva mi fe , mas legítimos , mas santos , mas ardientes y mas constantes mis deseos para poder recibir de Vos los beneficios preciosos de vuestra misericordia en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION CXXX.

JESÚS SANA UN HOMBRE SORDO Y MUDO, Y OTROS MUCHOS ENFERMOS.

(Matth. xv, 29-31 ; Marc. vii, 31-37).

Consideremos : 1.º la sanidad de este hombre sordo y mudo ; 2.º la sanidad de otros muchos enfermos ; 3.º los aplausos dados á Jesús.

PUNTO I.

Sanidad del sordo y mudo.

1. ¿Cuál era la enfermedad de este hombre?... «Y saliendo otra vez de los confines de Tiro, fué por Sidon al mar de Galilea, atravesando el territorio de Decápoles. Y le presentaron un hombre sordo y mudo...»

Consideremos en este hombre tres enfermedades, y en ellas las nuestras : 1.º *Era sordo.* Y nosotros, ¿no lo somos á todo lo que mira á nuestra salud ; sordos á la ley de Dios y á las máximas del Evangelio ; sordos á la voz de la conciencia y á las inspiraciones divinas ; sordos á las instrucciones y á las correcciones, á las reprensiones de los hombres y á las amenazas de Dios? ¡Ay de mí! tenemos las orejas abiertas solo al vicio y al error, y escuchamos solamente con

gusto lo que hiere y lastima la caridad, lo que ofende el pudor, y lo que combate la Religion, y lisonjea nuestro amor propio y nuestra vanidad. 2.º *Era mudo.* Y nosotros, ¿qué uso hacemos del habla? ¿No estamos por ventura mudos cuando se trata de descubrir nuestros pecados y el fondo de nuestra conciencia al ministro de la penitencia ; mudos cuando se trata de hablar de Dios, de suplicarle, de bendecirle, de darle gracias, de cantar sus alabanzas ; mudos para sostener los intereses de la virtud, de la fe, de la piedad, de la caridad, cuando viene combatida en nuestra presencia? en una palabra, ¿no estamos siempre mudos cuando deberíamos hablar, desperdiciando despues con abundancia las palabras, cuando deberíamos callar y estar mudos? 3.º Se puede muy bien creer que este hombre sordo y mudo estaria poseido del tédio y del caimiento que le ocasionaba su estado, y su familia con un amargo disgusto. Nosotros tampoco podemos negar el caimiento y el tédio que nos ocasiona el estado de tibieza en que vivimos ; pero si conociésemos cuántos motivos de sufrir da nuestro estado á la Iglesia, á quien deberíamos servir y edificar ; si supiésemos el dolor que ocasionamos á los pies de Jesucristo para suplicarle que tuviera compasion de nosotros.

2. ¿Qué hace Jesucristo para sanar este hombre?... «Y le suplicaron que le impusiese las manos...» Esta imposicion de las manos habria bastado sin duda para la sanidad del afligido ; pero no para la instruccion que queria dar el Salvador... «Y llevándolo aparte de la multitud, le melió sus dedos en las orejas, y escuchando le tocó su lengua, y mirando al cielo, suspiró, y le dijo : «*Ephetha*, que quiere decir abrios...»

Jesucristo no hizo todas estas cosas sin razon y sin misterio, y podemos juzgar que obró así : Lo 1.º *para instruccion de los circuncidados...* Los judios se familiarizaban, acaso, demasiado con los milagros que le veían hacer ; miraban solamente en él la humildad, y no se elevaban hasta Dios. Jesucristo quiso, acaso, atemperar el esplendor de su potencia, y hacer concebir á los presentes que él habia recibido el poder de Dios su Padre, y que á él mismo le costaba gemidos y suspiros, sin hablar de lo que dentro de poco le debia costar... ¿No nos familiarizamos, por ventura, nosotros con los Sacramentos y con los santos misterios? ¿No nos olvidamos, y acaso con demasiada facilidad, de cuánto han costado á Jesucristo, y de que ellos son el precio de toda su sangre?... 2.º *Para instruccion de la Iglesia...* Quiso Jesús que esta comprendiese que todo aquello

que miraba á él era divino y de una virtud eficaz para la salud de nuestras almas. Quiso que esta un dia le imitase sirviéndose en la administracion de las cosas santas de las ceremonias propias para instruir los pueblos y para significar los efectos de su gracia, y que en estas augustas ceremonias venerasen las acciones de sus misterios como suyas propias. Por esto el ministro del Bautismo toca con su saliva las orejas y las narices de aquellos que ha de bautizar, y se sirve del mismo término siríaco que Jesucristo usó en esta ocasion... ¿Cuál es nuestro respeto á las ceremonias de la Iglesia, y con qué espíritu asistimos á ella?... 3.º *Para nuestra propia instruccion*, y para hacernos comprender que el que para las cosas de la salud es sordo y mudo, es mas difícil de sanar de lo que se piensa; que se debe apartar de la multitud, buscar el retiro, y recogerse profundamente en sí mismo; que debe cerrar sus orejas á las sugerencias de la carne, del mundo y del demonio, para llenarse de Jesucristo, de su doctrina, de sus máximas y de las verdades de la salud; que debe cambiar de gusto, no teniéndolo ya para las cosas de la tierra, sino únicamente para las de Dios; que debe levantar los ojos hácia el cielo, de donde debe esperar su socorro, llorar, gemir, suspirar con Jesucristo, para poder ser oído, y que finalmente es necesario que Jesucristo hable, mande y le aplique la virtud de sus méritos.

3. ¿*Cúales fueron las pruebas de la sanidad de este hombre?*... «Y luego se le abrieron las orejas, y se le desató el nudo de su lengua, y hablaba claramente...»

Vió el pueblo volver á este hombre, él oía, respondía y hablaba con facilidad; estaba perfectamente sano... tambien nos ven todos volver del tribunal de la Penitencia, de la mesa eucarística, de un retiro, de una mision; pero ¿qué mudanza se ha obrado en nosotros? ¿Estamos sanos, ó somos, acaso, aun los mismos? Se puede juzgar de nuestras palabras y de nuestros discursos. Si no hablamos mejor que antes, es señal que no estamos mejor; si hablamos aun el lenguaje de la ligereza, de la necedad, de la crítica, de la maledicencia, de la extravagancia y de la cólera, del mundo y de las pasiones, y jamás el lenguaje de la piedad, de la virtud, de la edificación, no estamos sanos: estamos sordos y mudos como antes, y tan enfermos como estábamos, y aun parece que la inutilidad del remedio que hemos tomado dé motivo á temer que nuestro mal es ya incurable, y que jamás sanaremos.

PUNTO II.

Sanidad de otros muchos enfermos.

Jesús despues de haber sanado el sordo y mudo, juntó el pueblo... «Y subiendo á un monte, estaba allí sentado... y se llegaron á él muchas turbas que traian consigo mudos, ciegos, cojos, débiles, y otros muchos (*enfermos*)... y los echaban á sus piés, y los sanó...»

Tres objetos piden aquí nuestra atencion... 1.º *Jesucristo sentado en tierra sobre esta montaña*, como sobre el trono de su misericordia, lleno de atractivo, de dulzura, de poder y de bondad. Desde allí convida á todos los hombres, les permite acercarse á él, y les ofrece remedio á todos sus males... tal es aun entre nosotros sobre su altar: aprovechémonos de la demora que hace en él para nuestro consuelo, y recurramos á él con frecuencia, con ardor y confianza. Llegará un dia en que se mostrará sobre el trono de su justicia sentado sobre las nubes del cielo, lleno de majestad y de gloria, armado para castigar á los malos que no habrán querido reconocerle, ó que habrán abusado de sus favores: preparémonos para este gran dia con el santo uso de los que aun nos quedan que pasar sobre la tierra.

2.º *Admiremos esta multitud de enfermos que lo rodea*... ¡Oh cortejo digno del Salvador de los hombres! No pueden sufrir uno semejante los reyes de la tierra... se reputarian deshonorados, porque darian á conocer su debilidad y su impotencia. Solo Jesús puede ser honrado con él, porque solo Jesús puede con él manifestar la gloria. ¡Ah! estos enfermos, que en tanta multitud sana, aumenten una vez nuestra confianza, y nos estimulen á recurrir á él, para que renueve en nosotros los milagros ya obrados sobre tantos pecadores.

3.º *Admiremos esta multitud de enfermos perfectamente sanos*... «De tal suerte, que las turbas quedaban admiradas, viendo como los mudos hablaban, caminaban los cojos, y los ciegos veian...» De hecho, ¡qué espectáculo! no vió jamás la tierra otro semejante ni tan magnífico. Todos estos ciegos ven, estos cojos caminan, estos mudos hablan, estos enfermos gozan de perfecta sanidad: ya ninguno experimenta debilidad ó languidez... ¡Oh Rey de la gloria! ¡oh Salvador de los hombres! ¿quién no admirará la extension de vuestra caridad y de vuestro poder? Dad frecuentemente á vuestra Iglesia semejante espectáculo, y aun de otros mas tiernos mediante la sanidad de las almas y la conversion de los pecadores. Hacedme la gracia de que yo mismo dé este espectáculo, y que mi conversion

edifique otro tanto la Iglesia, cuanto la han escandalizado mis pecados.

PUNTO III.

Aplausos dados á Jesús.

1.º *Aplausos rehusados...* «Y les mandó que á nadie lo dijeren. «Pero cuanto mas se lo mandaba, tanto mas lo divulgaban...»

Jesús rehusa los aplausos, y nosotros los buscamos; la repulsa que de ellos hace se los aumenta, y forma un nuevo motivo de admiracion y de alabanza: y la diligencia con que nosotros los buscamos los disminuye, y muchas veces es causa de que se nos nieguen y se vuelvan en confusion nuestra; que descubran nuestra vanidad, y que aun á los ojos de los hombres basté esto para quitar el mérito á nuestras mas virtuosas acciones: la repulsa de Jesucristo era sincera, y la nuestra muchas veces no es mas que un artificio y una hipocresía.

2.º *Aplausos merecidos...* «Y tanto mas quedaban admirados, y «decian: ha hecho bien todas las cosas: ha hecho que oigan los sordos, y que los mudos hablen...»

Solo con hacer bien se pueden merecer los aplausos y las alabanzas. Dios los distribuirá en el último dia solo á las buenas obras. No se merecen, pues, por la belleza, por la nobleza, por las riquezas: no se merecen por el espíritu, por la ciencia, por los talentos. Mucho menos se merecen con hacer mal, con decir mal del prójimo, con mortificarlo, con desacreditarlo con cualquier gracia ó sutileza, con cualquier obrilla bien escrita, con desobedecer con altanería, con responder con desprecio, con mostrarse mas atrevido que los otros para cometer el pecado y quebrantar la ley. Puestos estos principios... ¡oh cuántas mentiras, cuánta vileza, cuánta adulacion, cuánta injusticia, y cuánta necedad en los aplausos que damos y en los que recibimos!

3.º *Aplausos gloriosos á Dios...* Los pueblos admirando y publicando las maravillas de Jesucristo, «daban gloria al Dios de Israel...» La alabanza que se da á las acciones virtuosas es un acto de religion grato á Dios, cuando el que la da y el que la recibe la refiere enteramente á su gloria. Pero ¡ay de mí! muchas veces el defecto de quien alaba está en pararse en la criatura sin mirar al Criador, y en admirar los dones de Dios sin pensar en quién es el autor de ellos: el defecto de quien es alabado está en complacerse en sí mismo, como si aquello que en él se alaba le perteneciese, y

en usurpar la gloria de Dios, ó á lo menos en apropiarse una parte en vez de referirla toda entera al Señor. ¡Ah! obremos de otra manera, tengamos en adelante á Dios solo en mira, alabémosle por todas las cosas, glorifiquémosle en todas las cosas, y démosle gracias por todas las cosas, y reconozcamos que á él solo es debido todo honor y toda gloria.

Peticion y coloquio.

Haced, ó Señor, que no esté mudo cuando se trata de pedir, de suplicaros, de alabaros, de confesar en vuestra presencia mis miserias y mis pecados, de edificar á mis hermanos, de reprenderlos con dulzura, y de consolarlos con bondad. Ó Jesús, decid en alta voz á todas las potencias de mi alma, como dijisteis al sordo y mudo: *Abrios*, para que únicamente abiertos para Vos, de Vos solo se llenen, y queden para siempre cerradas á todo lo que es terreno. Amen.

MEDITACION CXXXI.

SEGUNDA MULTIPLICACION DE LOS PANES.

(Marc. viii. 1-10: Matth. xv. 32-39).

DE LA CONFIANZA EN DIOS.

La ciencia, la bondad y la potencia de Dios: tales son los fundamentos de nuestra confianza en él.

PUNTO I.

De la ciencia de Dios, primer fundamento de nuestra confianza en él.

«En aquellos dias, siendo de nuevo grande la multitud, y no teniendo que comer, llamados á sí los discípulos, les dijo: Me dan «compasion estas gentes, porque ha ya tres dias que se detienen «conmigo, y no tienen que comer... Y no quiero enviarlos en ayunas... Y si los envío á sus casas en ayunas desfallecerán por el «camino; porque algunos de ellos han venido de léjos...»

Ya habia tres dias que Jesucristo habia vuelto de los confines de Tiro y de Sidon, y se mantenía en los contornos del lago de Genezaret; el pueblo que habia ido á encontrarlo no lo habia dejado ni se habia separado de él. Fue sin duda cerca del fin del tercer dia cuando Jesucristo juntó cerca de sí sus discípulos y les expuso el estado en que se hallaba este pueblo, y que conocia perfectamente. Lo pasado, lo presente y lo futuro, nada puede esconderse á su divino conocimiento.

1.º *Lo pasado...* Jesús recuerda á sus discípulos que son ya tres